

nido lo que d seabas ¡Ojalá pudiera yo decir lo mismo! Mi vida se acaba. Tal vez ya no nos veremos más en este mundo. Todas las semanas, más á menudo aún, me escribirás, ¿no es cierto? No olvides que tus cartas serán mi único consuelo.

—Os lo prometo—dijo el joven con los ojos llenos de lágrimas.

Y creyendo el momento favorable, añadió:

—¡Padre mio, sed misericordioso!

El anciano se volvió con rapidez y no contestó:

—¡Adiós! —te dijo. — ¡Acuérdate de nosotros!

La berlina se alejó rápidamente, arrastrada por dos magníficos caballos.

XXXVI

Ocho días después, al finalizar el mes de Junio, un viernes, el antiguo castillo de Traignac presentaba una animación extraordinaria.

En sus amplios y enlosados patios pisaban inquietos caballos, las cocinas estaban llenas de alegres marmitones y los mozos de las caballerizas del general, estaban encantados del venerable aspecto de aquella residencia y de la extraña fisonomía de los limosinos que constituían su guardia.

El general acababa de instalarse con sus criados de más confianza en aquellas soleadas, donde, según les había anunciado, pensaba pasar una larga temporada.

Todo su pequeño séquito se entregaba con alegría al placer de la novedad, y no se entristecía un al pensamiento de un largo destierro en aquella Siberia.

Los guardas y los jardineros habían tenido la precaución de procurarse las cosas necesari-

rias para la recepción de sus señores, tales, como vino, harina y todas las provisiones que era preciso buscar en el pueblo.

Traignac no produce más que centeno, robustas legumbres, insensibles á las heladas, castañas y corderos esquilados y bueyes pequeños y velludos como osos.

En cambio poseo á bandadas los jabalíes, y las liebres que pululan por aquellos sitios como los vagabundos por los alrededores de las grandes ciudades.

A las dos de la tarde del día indicado, un carruaje llegaba á Traignac por el camino del castillo. De él bajaron, al llegar al castillo, el general y su esposa.

Gabriela estaba muy pálida. Llevaba un elegante vestido gris, y su diminuta cabeza estaba adornada con una elegante toca del color del vestido.

El general la condujo á una habitación situada en el primer piso, á la extremidad de un ancho corredor.

La infortunada Gabriela tuvo una sensación extraña al atravesar aquella galería cuyas paredes estaban revestidas hasta la mitad, de artesonados de vieja encina, ya enmohecida por la acción del tiempo.

El suelo estaba recubierto de losas de desigual tamaño, que daban á la galería un carácter de localidad.

Sin embargo, no carecía de estilo. Las ventanas ostentaban preciosos y antiguos cristales de colores, y las vigas del techo estaban pintadas de un color oscuro que hacia juego con el arco artesonado de las paredes.

Una puerta alta forrada de terciopelo verde con clavos dorados, ocultaba otra de nogal.

El general abrió. Daba acceso á una inmensa sala toda recubierta de nogal negro como el ébano; bizarros y extraños personajes, debidos á la imaginación de los artistas, se retorcian en grotescas contorsiones en los bajos relieves. Las paredes estaban admirablemente talladas. El conjunto era extraordinario y producía el efecto de los coros tallados que existen en las abadías antiguas, donde la luz, á distancia, produce sombras y claridades pintorescas.

Una inmensa chimenea de piedra, con enormes morillos de hierro, soportaba un magnífico espejo de cristal de Venecia, que era uno de los mas lujosos muebles de aquella sala.

El lecho, adosado á la pared, frente á la chimenea, era semejante al que de Francisco I se conserva en el Museo de Cluny. Únicamente le faltaban las esculturas de los ángulos.

Completaban el mobiliario unos sillones de ébano respaldo, á manera de verdaderos púlpitos de los antiguos tiempos, una mesa de nogal y un reclinatorio de ébano forrado de terciopelo verde.

En todos los huecos habia cortinajes de terciopelo verde y las ventanas tenian cristales pintados, antiquísimos.

— Gabriela — dijo el general — estais en vuestro cuarto. Era el de mi madre ... aqui murió. Espero que sereis más dichosa que ella; pero, sin embargo, le habitareis mientras yo viva. Tratné de abreviar el tiempo de vuestra prisión y haceroslo menos duradera posible, vuestra pena. Nuestra separación es el

único remedio para la situación que vos os habeis creado. No nos veremos más que á las horas de las comidas. Me hareis saber todo lo que deseéis. Nada os negaré. Las órdenes han de serme trasmitidas directamente. Las horas de las comidas las indicará la campana; si no os conviniessen, las cambiáis según vuestro agrado. Cuando tengais que pedirme a guna cosa me enviáis á vuestra doncella, mis habitaciones están en la otra extremidad del castillo; este corredor conduce á ellas.

El general salió de la estancia sin levantar los ojos.

Su desigual paso se fué poco á poco extinguendo sobre las losas de la galería. Después se oyó el ruido que hace una puerta al cerrarse.

Era la de las habitaciones del general.

El orgullo habia sostenido á la condesa mientras hablaba su esposo. Una vez sola, la nube se rompió convirtiéndose en un torrente de lágrimas que de sus ojos se escapaban. Un ruido de pasos que se dejó oír en la galería la hizo enjugárselas rápidamente.

Era Rosa.

La gentil camarera se habia dejado en Paris, una parte de su corazón y una pluma de sus alas, pero por nada en el mundo hubiera abandonado á su señora.

El general sopechando al principio que Rosa favorecía los planes de la condesa, pensó despedirla, pero después retrocedió ante aquella decisión.

Por otra parte, la doncellita habia contestado con tal ingenuidad á ciertas preguntas, que con aparente indiferencia hablaba hecho el

general, que supo reducir á la nada las sospechas que éste abrigaba en su corazón.

— ¡ Ah! señora, — dijo la joven. — Es raro todo este país. No se parece á la hermosa campiña de nuestro país.

— ¡ Bah! — contestó la condesa. — Qué más dá aquel país que este, si se está bien en él.

— ¡ E! este vuestro cuarto... ¡ Caspita! aquí hace frio en el mes de Junio. Serán necesarios grandes troncos de leña para calentarnos en el invierno. ¡ Pronto se quemará toda la leña que rodea á este castillo feo! ¡ No conozco aún los alrededores, pero á juzgar por lo visto, creo que habrá más ranas y chivras que monedas de cinco francos. ¡ Es un dominio vastísimo! Hace poco me decía Marcas — vos no conocéis á Marcas — que en tres leguas á la redonda, todo es de el señor conde, y cuando Marcas dice: ¡ el señor conde! se ensancha y parece que habla de Dios.

Gabriela se acercó á la ventana y la abrió.

Era un amplio balcon de tallada piedra, que estaba suspendido sobre inmensos fosos llenos de agua verduzca, cubiertos de nenúfares y otras plantas acuáticas, desde el cual se dominaba el panorama mas triste de Francia.

Excepción hecha de un pequeño bosque que rodeaba al castillo, todo lo demás era un interminable desierto donde los árboles eran tan escasos como los pelos en la cabeza de un calvo.

Era á la vez un espectáculo triste y pintoresco: la miseria en harapos luchando contra una naturaleza estéril. Sin embargo, habla en todo aquello, cierta grandiosidad y poesía que extrañó á Gabriela.

El castillo de Traignac se levantaba orgulloso en el paraje más culminante de aquel salvaje y accidentado desierto.

Era una masa de construcciones imponentes y casi fomedable, que hubieran hecho las delicias de un anticuario.

Muchos siglos habían trascurrido desde que se construyó.

Durante trescientos años los señores de Traignac habían sido temibles rivales, á juzgar por su tenacidad en residir en aquel triste y estéril país, y por el empeño, en todos ellos, de agrandar su vivienda, pues debieron ocupar un ejército de albañiles en fabricar nuevos pabellones y en edificar torreones, fosos y puentes levadizos.

Todos los estilos arquitectónicos se codeaban en aquella rara construcción, y aunque su conjunto resultaba algo confuso, no dejaba de tener cierta originalidad y un aspecto verdaderamente grandioso.

La sombra proyectada por el castillo, en una clara noche de luna, sobre un cielo luminoso, debía á la vez extrañar y seducir.

Las habitaciones de la catedral daban sobre un puente de ura decena de arcos que había reemplazado al puente levadizo.

Los fosos que rodean al castillo se alimentaban de un inmenso estanque situado en lo alto de los jardines.

Cerraba aquella soledad una muralla de granito, ya casi negro por la incrustación de los siglos.

Seis ciénes melancólicas y graves se paseaban por los fosos, acompañadas de seculares carpas que al subir á la superficie de las aguas

mostraban sus dorsos cubiertos de musgo y de escamas tornasoladas.

A pesar de la incontestable fuerza que el sol posee en el mes de Junio, un viento helado azotaba el rostro de Gabriela.

—Haré bien en cerrar el balcon —dijo Rosa.

—¡Creo que nunca tendremos ocasión de admirar este panorama!

Ningun sitio más á propósito que las habitaciones de Gabriela para servir de prisión á una mujer.

No era posible salir sin que la excursión fuera notada.

El primer pueblecillo verdaderamente habitado distaba tres leguas del castillo. Los demás países circunvecinos dependían del dominio de Traignac.

Los guardas y jardineros, así como Marcas, estaban juramentados, pero el verdadero juramento de fidelidad se lo habían prestado al conde, en cuyas tierras habían nacido y á quien consideraban como su señor y único justiciero.

Existen todavía en Francia algunas comarcas que han conservado las costumbres del antiguo régimen y las tradiciones del pasado.

Entre ellas se cuentan el Limosin, Gers, los Pirineos y algunas otras.

Los gentes del país vivían allí enclaustrados por esa puñata lazo que se les llamaba el pueblo natil y por la magnificencia del conde, que no sintió el peso en valor para tomarles un dinero trabajosamente á quicillo y carillo cobrimo por cobrimo á costa de gran las privaciones, solía hacerles gracia todas los años de la renta de sus alquileres.

Por eso era adorado como Dios, tal vez más, porque era visible y sus bondades se tocaban con la mano.

La condesa se sentó en uno de aquellos sillones que la tendían sus descarnados brazos y reflexionó. La historia de la madre del general que había oído contar á su marido la pasó por la imaginación y llegó á preguntarse si Traignac sería también su tumba.

Rosa se encargó de la contestación.

—¡Se ha fijado la señora, excepción hecha de Marcos—que tiene cincuenta años y aparenta tener setenta— que los restantes criados no son viejos?

—No. ¿Por qué me preguntas eso?

—¿No opina la señora que su marido, estando tan delicado, no hace bien en venir á habitar un paraje tan triste y mal sano?

Gabriela no contestó.

Un vivo carmin inundó su rostro que ocultó entre sus manos.

—¡Ah!—pensó—¡qué horror! ¡Estaré ya reducida á desear la muerte de un hombre, cuya falta consiste únicamente en amarme y haberme concedido una confianza que no soy digna de merecer?

XXXVII

En efecto Marcos no parecía joven.

Tenía á lo sumo cuarenta y cinco años, pero estaba tan arrugado y envejecido que representaba tener la edad del conde. Sin embargo, estaba fuerte y vigoroso.

No había quien le aventajase á correr á través de los bosques y á saltar vericuetos y zanjales. Era más derecho que un pino, más fuerte que una encina, tan sólido como un block de granito y más listo y ligero que una ardilla.

Desde que el conde faltaba de Traignac, es decir, desde hacía veinticinco años, Marcos era el señor y dueño del dominio.

Con sus seisientos francos anuales de sueldo, era más rico que un presidente del Congreso ó del Senado.

Su asignación podía economizarla íntegra, pues tenía casa espaciosa, lumbre cuanta quería y vestido con las ropas que todos los años le enviaba el general para distribuir entre los demás servidores y colonos.

Estaba también mantenido y gozaba de ciertos derechos, que le daban gran cantidad de leche y de carne, sin contar los sacos de granos que los colonos le enviaban todos los años, y un corral gallinero, el mejor surtido y más hermoso de toda la comarca.

Si añadís á todas estas ventajas, el derecho de cazar en un bosque de más de cuatro mil hectáreas, comprenderéis que su posición valla más que una subprefectura de primera clase, bajo cualquier forma de gobierno.

Gracias á su título de guarda mayor del dominio, Marcas era un señor feudal, muy respetado de los colonos y de los ribereños de Traignac.

Para que les concediese permiso de cortar yerba para las vacas, las jóvenes pastoras le saludaban con un atento "Buenos días, marse Marcas", al cual contestaba el viejo acariciándoles las mejillas, ó bien haciendo la vista gorda cuando las cabras se diseminaban por su territorio.

El cura de Traignac hacía, por orden del conde, provision de todo lo que necesitaba, y cuando en las fiestas solemnes, el bueno de Marcas tomaba asiento en el banco señorial de la iglesia, el párroco le dirigía un amistoso saludo, que se vanecía al guarda-bosque en jefe.

Además veíase festejado por el notario del pueblo inmediato, por los propietarios—allí se es propietario con quinientos francos—que le invitaban á almorzar para desahzarle con timidez, despues de los postres, preguntas ó suplicas de este género:

—Decid, marse Marcas, ¿cuándo vamos á cazar un gamo?

O esta otra.

—Se quejan mucho de los extragos que hacen los jabalies del lado de Tierra Nueva. ¿Cuándo organizáis una batida?

En resumen; á falta de dinero, que no hubiera saído en qué emplearlo, Marcas gozaba de las prerrogativas de un señor, de un dominio de cuatro mil hectáreas, del que podía considerarse como propietario á perpetuidad para él y sus sucesores por derecho de primogenitura, pues en familias antiguas y nobles como la de Branville, no se despiden á los servidores sino por alguna falta grave, y esta ha de ser de tal índole que no admita excusa ni perdón.

Digamos en adabanza de Marcas, que nadie le igualaba en solicitud por los intereses del general. Rudo como los jabalies de sus landas, acostumbrado á obedecer ciegamente las ordenes del general, habría ejecutado, sin discusión, los más rigurosos y extraños mandatos, siempre que estos le fuesen transmitidos por el conde.

¡Tan seguro estaba de la rectitud y justicia de su señor!

Cuando el general entró en su cuarto, Marcas y Jacobo le aguardaban.

Tresos como dos centinelas á la puerta de un alto personaje, los dos subalternos se levantaron á su llegada.

—Marcas, dijo el conde—¿cuántos guardas tienes en el dominio?

—Cuatro, mi general.

—¿Estáis seguros de su fidelidad?

—Como de la mía.

—¿Son suficientes para daros cuenta de todo lo que pasa en Traignac?

—¡Ya lo creo! Tengo á Perrinet que corre más que una liebre y daría en cuatro horas la vuelta completa al dominio Lucas y Grivotin, que no tienen ni han conocido jamás el miedo, y á Lecer que es el mozo más valiente y fuerte de toda la comarca. Cuando hay alguien que merodea en nuestras tierras, lo hace con nuestro permiso o porque el señor conde nos autoriza á no ser rígidos. De otro modo nadie pone el pie sin ser visto, y quien dice visto, dice cojido si nosotros queremos.

—¿No tenéis necesidad de aumentar los guardas?

—Es inútil, mi general.

—¿Conocéis á todas las personas que viven en el castillo?

Jacobo y Marcas se miraron con extrañeza. No comprendían el sentido de la pregunta.

El general notó su aire perplejo y añadió dirigiéndose á sus dos fieles servidores:

—Os extraña mi pregunta y tenéis razón. Os la voy á explicar. Por motivos que yo solo conozco, no quiero que á partir de esta noche, entre en mis dominios ni franquee la puerta del castillo ninguna persona extraña. Hago excepción del cura, que tendrá, todas las noches, un cubierto puesto en mi mesa. Respecto á los demás no quiero que ningún ser, con figura humana, entre en mi casa. ¿Me habeis comprendido?

Los saltos ojos de Marcas se fijaron en los del general como los de un perro de lanas en su dueño.

El guarda no contestó.

—¿Comprendes tú también, Marcas?—dijo el general con dulzura.

—Sí,—contestó este.

Y entonces recordó que el padre del conde había dado al suyo, en época remota, una orden semejante.

Jacobo activó por su parte, aunque confiamamente, que á aquella orden se relacionaba con lo ocurrido en Bai-Air, pero se concretó á tomarla al pie de la letra sin tratar de averiguar el motivo que inducía á su señor para obrar de aquel modo.

—¿Y si alguien trata de infringir la consigna?....

—Me lo traeris á mi presencia, pero sin usar de la fuerza.

—¿Y si se defiende?

—Lo traeis de todas maneras.

—Está bien, mi general;—dijo Marcas.

—Advertid á los demás guardas que vigilen y tengan los ojos bien abiertos. A vosotros os encargo de este cuidado y vosotros me respondéis de los demás.

—Confiad en nosotros, mi general.

—La última palabra, pero esta confidencialmente—dijo el general. Sed respetuosos con la condesa; pero si ella os ordenase cualquier comision ó si sabéis que solicita los servicios de uno de vuestros subordinados, comunicádmelo en seguida. Quiero ser yo solo el único intermediario y saber todo lo que pasa. ¿Me haléis entendido?

—Sí, mi general.

—Pues entonces marchaos á vuestro trabajo. Tengo necesidad de estar solo.

Ya habían salido los dos criados, cuando la voz del general gritó:

—¡Marcas!

El guarda entró solo en la estancia.

—Acércate—le dijo el conde.—Escucha esta última palabra, que es solo para ti. Si un día conocido, de día ó de noche, entra furtivamente en el castillo, y habla con la condesa, apoderate de él, y si para ello tienes precisión de servirte de las armas, haz uso de ellas. ¿Recordarás esta orden? ¡Quiero verla cumplida á toda costa!

—Sí, mi general.

—¡Muerto ó vivo!—añadió el anciano bajando la voz.

Marcas se estremeció.

—Contad conmigo.

—Creo que no tendremos que recurrir á ese caso. Confío en tí, y ya sabes.... ni una palabra de esto, ni hoy ni nunca.

Una lágrima rodó por las pálidas mejillas del conde.

Marcas le cogió una mano y la llevó con respeto á los labios.

—Ese secreto, morirá conmigo, mi general,—murmuró el fiel servidor.

Cuando el conde se vió solo, apoyó una mano sobre al corazón.

—¡En qué abismo me veo encerrado!—pensó.—¡Menos mal, que no sufriremos mucho tiempo!

XXXVIII

A las seis de la tarde, tarde de plácida serenidad, la campana del castillo, semejante á la de una iglesia de aldea, indicaba la hora de la comida.

La condesa estaba en el balcón contemplando melancólicamente el magnífico panorama que se extendía ante su vista.

Ni una nube en el azul del firmamento, ni el menor ruido en lontananza: alguna que otra campanilla de las vacas que pacían en los prados, era el único ruido que se oía en aquella soledad. Los oblicuos rayos del sol se deshizaban sobre aquella triste comarca, dándole un resplandor parecido á los tornasolados colores del arco iris. Alegres bandadas de golondrinas revoloteaban próximas á sus nidos suspendidos en los torreones del castillo.

—¡Porqué no tendré alas como ellas?—pensaba la prisionera.

En el castillo todo parecía dormir.

Gabriela, inmóvil, parecía no haber oído la señal de la campana.

— Es la señal de la comida—dijo la doncella.

— ¡Ah!—exclamó la condesa, cual si despertara de un sueño.— ¡Sí, y con mi marido!

— El general os está esperando.

— Está bien. Ahora bajo.

En efecto, Gabriela se internó por aquellas interminables galerías sin saber á donde se dirigía.

Rosa la precedía.

— Es por aquí, señora—dijo al ver la mesa ya servida, en una inmensa pieza, artesonada toda ella, como casi todas las demás del hotel.

Dos altas ventanas ojivales, con vista al jardín, daban á esta sala el aspecto de un refectorio de convento.

El general estaba, cuando llegó Gabriela, sentado cerca de una ventana.

La palidez y melancolía profundas retratadas en el rostro de su esposa, le hicieron estremecer.

Un cambio tan completo como rápido se había operado en todo su ser.

Traignac producía su inevitable efecto.

Sus maneras delicadas, dulces y alegres; la infantil sonrisa que antes brillaba en su rostro, habían cedido el puesto á la indiferencia y al hastío. Los labios contrahidos, la mirada fija y la indolencia de su paso, revelaban la naturaleza de sus sensaciones y la resignación forzosa con que aceptaba su destierro y su prisión.

A pesar de los talentos del cocinero, que supo sacar gran partido de los escasos recursos gastronómicos con que Traignac cuenta, la comida duró poco.

Parecían dos condenados á muerte.

El general miraba de soslayo á su compañera de cautividad y comparaba el presente, taciturno y triste, con las alegrías y dichas de los años transcurridos desde su matrimonio, y aborrecía sobre todas las cosas de este mundo, al misterioso delator de su infortunio.

Hubiera preferido su tranquila ignorancia, á conocer el delito denunciado por algun envidioso ó enemigo de su dicha.

Torturaba su espíritu para inventar excusas que pudieran explicar el silencio y la falta de su esposa.

Admirador de las almas enérgicas, casi se alegraba de encontrar aquellas resistencias, y su amor, sobreviviendo al naufragio de sus creencias, hubiera deseado, ahora que la sociedad no se elevaba entre ellos con sus críticas y exigencias, que Gabriela se arrojase á sus pies y le confesase su falta, atribuyéndola á una alucinación pasajera, para abrirla sus brazos y acordar un paternal olvido á todo lo pasado.

Cuando se levantaron de la mesa, solos, frente á un horizonte profundo, coloreado por los últimos rayos del crepúsculo, el anciano dirigió sobre Gabriela una mirada casi tierna, y con voz cariñosa la dijo:

— ¡Qué tal os parece el lugar de nuestro destierro?

— Muy bien—contestó.— ¡Qué puede importarme mi cárcel?

— ¡Os quejáis de mi inflexibilidad?

— No tengo derecho á ello.

— ¡Queréis que os haga los honores de vuestro dominio?

El conde había recalcado, con delicadeza, estas palabras: vuestro dominio. Su acento significaba: Aquí como en todas partes, sois la dueña absoluta. Nada ha cambiado en vuestra posición, á no ser el punto de nuestra residencia.

Gabriela comprendió la atención, y en tono afectuoso, repuso:

— Os agradezco la molestia. Pero ya que hemos de pasar aquí todo lo que nos resta de vida, tiempo tendremos de visitarlo. Hoy os suplico que me permitais retirarme.

Y uniendo la acción á la palabra, se levantó y dirigióse á su cuarto por los largos y desiertos corredores.

Una hora más tarde, cuando ya había cerrado la noche, Rosa vió á su señora en la misma melancólica actitud, dejando vagar su mirada sobre el mismo panorama, cuyo aspecto había cambiado.

Las lejanas montañas apenas si se dibujaban en el oscuro horizonte.

Las campanas de las raras iglesias diseminadas en los alrededores del dominio, tañían el lúgubre toque de ánimas y varios labradores pasaban llevando los útiles de la labranza, seguidos de peludos y escuálidos perros.

No se oía ni una alegre canción. Diríase que al pasar frente á las viejas murallas de Traignac, tenían miedo de despertar las sombras de los antepasados. Era aquello un sepulcro, la tumba del pasado proyectando sobre todo lo que la rodeaba, el silencio y la tranquilidad de la muerte.

— ¿Qué piensa la señora de la nueva habitación?—preguntó la doncellita, deseosa de ale-

grar á Gabriela y tratando de distraerse á sí misma por el ruido de sus palabras.

La condesa volvió lentamente la cabeza, como si saliera trabajosamente de su éxtasis, y contestó:

— Nada.

— La señora cambiará de opinión mañana cuando haya descansado del viaje.

— Tal vez.

— ¿Qué piensa la señora hacer esta noche?

— No lo sé.

— Si la señora me lo permite, yo la daría un consejo.

— ¿Cuál?

— Pues desnudarse y asegurarse de que ese lecho, que no tiene mal aspecto con su apariencia antigua y solemne, tiene mejores hechos.

— ¿Que me acueste?

— Sin duda, cuando se duerme, puede uno soñar con cosas agradables.

— Voy á poner en práctica tu consejo. Y quitándose la bata—Rosa—añadió la condesa—tú no te separarás de mí; tendría miedo de verme sola en este cuarto.

— ¡Miedo! ¿De qué?... ¿de los aparecidos? ¡Ya no existen! Tal vez, entre tanta madera, habrá ratas, viento por los corredores y buhos en los graneros; pero con todo eso, no hay por qué desmayarse. Muchos lobos hay en el país, pero no se dice que suban las escaleras del castillo.

— Es posible; pero no salgas. Nos guardaremos mutuamente. Imitame y deja tu puerta abierta.

— ¡Oh! ¿Pero tanto miedo tiene la señora?

Yo soy supersticiosa, y no tiemblo ante una sombra.

Gabriela se había acostado.

Cerca de ella, en un candelabro de plata, ardía una bujía. Sus cabellos resaltaban sobre los bordados de la almohada, y su pálido rostro tenía una expresión infinita de abandono y de cansancio. Jamás había estado tan hermosa.

—Rosa—dijo—¿has cerrado bien por todas partes?

—Puede estar tranquila la señora.

Y la gentil bretona, defrente á los caprichos de su joven señora, volvió á inspeccionarlo todo y á asegurarse de que todo estaba en orden.

Al pasar junto al lecho de Gabriela, le arregló otra vez, como se hace con los niños mimados.

—¿Quiere la señora que apague la luz?

—Todavía no. Gracias.

—Buenas noches, señora.

Gabriela tenía necesidad de luz.

Tan pronto como se vió sola, sacó del seno una carta, y apoyando sus labios sobre aquel precioso papel, leyó con atención extraordinaria lo siguiente:

“Mi querida Gabriela:

“Ignoro lo que nos reserva el porvenir, mas el presente es bien amargo. Desde que nos separamos estoy loco y no tengo voluntad mas que para pensar en tí.

“Encerrado en este cuarto, donde nos despedimos y donde tu alma se mezcló con la mía, he llorado las lágrimas que jamás mujer alguna logró hacerme verter.

“¿Qué va á ser de tí?

“¿Qué vida te tiene reservada la severidad de tu esposo?

“¿Cuáles son sus proyectos para separarse del resto del mundo?

“Poco importa el sitio de tu destierro, lo que me horroriza es el tiempo incalculable de nuestra separación. Me sería imposible ver al general sin que se me escapase nuestro secreto. El exaltado amor que por tí tengo y que absorbe todas mis fuerzas, toda mi inteligencia, haría explosión.

“El valor me abandonó en el instante de tu marcha. A punto estuve de decirte: ‘No te vayas, quédate conmigo, huyamos juntos hasta el confín de la tierra. ¡Todo, antes que nuestra separación!’ Ignore qué espectro del deber se lanzó ante mí que me hizo retroceder ante estos insensatos pensamientos. La voz se ahogaba en mi garganta y un peso terrible me oprimía el pecho, impidiéndome hablar.

“Cuando logré separarme del general, me refugé en mi cuarto, desde donde te escribo estas líneas, único recuerdo que llevarás de mi amor.

“¿Me atreveré á enviártelas? ¿Podré conseguir que lleguen á tus manos?

“¡Ya estamos separados! Desde que cesó en mis oídos el ruido del carruaje en que os alejábais, pienso que no te veré ya cerca de mí y estoy como un cuerpo á quien el alma abandona, víctima de una atroz pesadilla que me deja indiferente á todo lo que pasa, á todo menos á tu separación y á mi pena. Si se me dijera que la casa que habitaste se iba á detrumbar, yo no haría el menor movimiento

para librarme de la catástrofe, y emplearía los últimos momentos de mi vida en buscar una señal, un recuerdo de nuestro perdido amor. El cruel proyecto de tu marido ha matado en mí sér; el vivo remordimiento que sin cesar me perseguía, y ha dejado lugar á un deseo que me absorbe por completo: ser tuyo, amarte, poseerte.

“Somos jóvenes, podemos esperar. Mi amor me dará fuerzas. Te juro no tener para otra ni un suspiro, ni un latido de mi corazón. Sufro con resignación, pues no du lo que algún día nos veremos reunidos libremente. Hasta tanto, recordaré las alegres horas que hemos pasado juntos, las líneas de tu rostro, las perfecciones de tu sér.

“Si por prudencia evito el verte, en cambio te hago mi más sincero juramento de no mirar á ninguna mujer y guardar para tí todo mi cariño. Mártir de nuestro amor, eres sagrada para mí y tienes el triple heroísmo del valor, del sufrimiento y de la belleza.

“Una secreta esperanza me dice que no esperaremos mucho tiempo para gozar de nuestro amor. No sé si la pasión me ciega; pero soy insensible á todo lo que este deseo puede tener de culpable.

“Adiós, mi adorada Gabriela. Mi corazón es tuyo: nadie ni nada podrá arrancar del corazón ese amor que es mi vida, mi sostén y mi desgracia.

“Sufre con resignación la cautividad que te han impuesto, y piensa que con más libertad que tú, sufro más cruelmente, puesto que á la

pena de no verte, reuno el mortal dolor de saber que sufres por tu

ROBERTO.”

“P. S. Cuando puedas hacerlo, con seguridad, escribe á de Tresmes. El me remitirá tus cartas. No cometas imprudencias. En mi correspondencia con el general evita el nombrarte, mas tú me comprenderás. Cada línea mía estará dedicada á tí. Mi alma está contigo.”

La condesa leyó varias veces la carta, mientras ardientes lágrimas se escapaban de sus ojos.

En fin, haciendo un esfuerzo, se levantó y aplicando sus labios á la carta, la encendió en la bujía y la arrojó después en la chimenea.

Una viva llamarada recogió aquellas adoradas líneas, y sus cenizas se esparcieron por el fondo de la chimenea.

La condesa, de pie en el centro de la estancia, casi desnuda, las consideraba tristemente con los ojos anegados en lágrimas, cuando un golpe tímidamente dado en la puerta se dejó oír.

Gabriela volvió la cabeza y escuchó.

Volvieron á llamar.

—¿Quién está ahí?—preguntó aproximándose.

—Soy yo—dijo una voz conmovida.—Abrid, os lo suplico.

Era el general. Estaba pálido y descompuesto.

—Querido hablaros por última vez.—dijo.—¿Queréis escucharme?

XXXIX

La condesa se dirigió á la puerta que comunicaba con la alcoba de Rosa y la cerró.

Después, temblando de frío—Las noches en Traignac son glaciales,—volvió á meterse en el lecho.

—O escucho—dijo á su marido.

El general aproximó una butaca y se sentó.

Tiene su rostro una expresión de sufrimiento más acentuado que de costumbre, mezclada al mismo tiempo con otra de bondad y mansedumbre casi sobrehumanas.

Gabriela—dijo,—había resultado no valeroso á hablar del pasado y me había jurado el miraros con la misma indiferencia con que se trata á un ser extraño; no tenía fuerzas para llegar hasta la enemistad.

Al veros tan triste esta noche, todas mis resoluciones se han evaporado. Nunca tendré la fuerza de ser vuestro carcelero, menos podrá ser vuestro verdugo,

Por muy cruel que sea el golpe que me habeis dirigido, no dejo de comprender que yo tengo alguna culpa.

Concedor, como soy, del mundo y de los peligros que hay en esto para una mujer casada con un viejo é inadvertido esposo, debí protegeros y apartar de vuestro camino los peligros que, siendo tan hermosa como sois, no podían faltáros.

No lo he hecho. Fui un imprudente al confiar en una fortuna de la que desgraciadamente todas las jóvenes se resienten; preciso es creerlo así, puesto que los casos como este se suceden con gran frecuencia; y sin absolveros, me siento inclinado á una indulgencia que la sociedad ó el mundo me criticarían.

Además, no sé si es vuestro encanto soberano, que tanto me enorgullecía aún no hace ocho días, lo que me atrae hácia vos y me subyuga.

Os he debido las alegrías mayores de mi existencia.

Todavía recuerdo vuestras sonrisas, quiero creer que eran sinceras vuestras caricias que tan feliz me hicieron, y vuestro infantil y casi angelical encanto. Es como un sueño que se prolonga después de la desilusión. Es un recuerdo que me mata; en vano cierro los ojos para no ver la imágen; la reflejan como un espejo donde se hubiera grabado la fisonomía de la mujer que en él se ha mirado.

He querido deciroslo y hablaros con el corazón en la mano á fin de que vuestra resolución, si es que seguís manteniéndola, y la mía, sean aceptadas con conocimiento de causa y sin equivocación.

Sigo amándoos como antes, y creo no humillarme bajamente al haceros esta confesión.

En mi indulgencia paternal dejo la responsabilidad toda de nuestra desgracia á ese miserable desconocido, que indiferente á vuestra vida y á su honor, ha huido cobardemente despues del ultraje, dejándoos expuesta á la legitima venganza del marido engañado.

Decidme que habeis obrado en una hora de locura y que no sentis más que desprecio por la conducta del hombre que os ha engañado.

Ved la terrible situación en que á mi, que os amo y os hago sufrir, me coloca vuestro silencio. Por vuestra culpa estamos desterrados de un mundo donde estoy expuesto á encontrar al hombre que puede alabarse de haber sido el amante de la condesa de Branville.

Dejad á Dios el cuidado de juzgar al ofensor y al ofendido; no tomeis bajo vuestra protección al cobarde que os ha perdido y ni siquiera ha tenido el valor de protegeros, á ese caballero sin corazón que ha venido traidoramente á quitarme el honor y se ha salvado á través de los bosques, como un ladrón que huye con el botín robado.

El conde se calló....

Sufría visiblemente.

Oprimido, casi sin aliento, pronunciaba con lentitud las palabras.

Gabriela, más blanca que las puntillas del lecho, escuchaba á su marido sin interrumpirle.

El conde continuó:

—Aun puedo ser un padre indulgente que olvida el pasado y protege el porvenir. Todo depende de una palabra vuestra: sí ó no. Ja-

más volveré á dar este paso: á partir de la hora en que me rechaceis, habré muerto para vos. No tendré ni miradas ni oídos; seré como los ídolos del salmista. En vano me suplicareis y tendereis vuestras manos; todo será inútil; no os escucharé; no os veré. Tan solo mi desaparición de este mundo, donde no estoy más que para aislaros, podrá devolveros la libertad, librándome yo al mismo tiempo de una pena á la cual, por mi desgracia, me habeis condenado vos.

Y como ella continuase callada el conde se acercó á su lecho, é inclinándose hasta casi besar sus cabellos, continuó asiéndola las manos:

—Mi querida Gabriela, hija mia, yo te ruego que me otorgues la gracia que te pido. ¿Quieres que me humille, que te lo pida de rodillas? ¡Tenia dos amores, uno me deja y me abandona, el otro me mata! ¿Qué te he hecho yo? Contesta. ¿De qué medio se ha valido el que tú proteges, para maleficiarte? ¿Por qué filtro infernal ha podido borrar en tí el recuerdo de tus juramentos y hasta el último resto del honor encarnado en tí? Te lo suplico, habla, defiéndete, y si no quieres hacer traición al secreto de tu amante, dime al menos por qué le tomas bajo tu protección? Si es por cuestión de honor, yo tengo lo bastante para juzgarla, y tal vez la olvide.

El silencio de Gabriela llegó á exasperar al conde, quien no pudiéndose contener, la apretó los brazos hasta casi hacerla gritar.

—¡Habla—gritó—en nombre de Dios!

—No puedo—murmuró la condesa.

—Entonces—dijo el anciano rechazando la mano que destrozaba entre las suyas—todo ha terminado entre nosotros. ¡Adios!

Y salió tropezando con los muebles cual si estuviera borracho.

Si hubiese mirado sus manos, las habría encontrado inundadas de lágrimas de Gabriela.

XL

Aquella noche todos los amigos de la princesa Ivanowska se habían dado cita en su hotel de la avenida de Antin. Todo estaba lleno de ruido y de luces.

Se divertían, se hablaba, se cantaba; todos querían rivalizar en ingenio y alegría.

Cerca de las once serían cuando un lacayo anunció al capitán Pontis.

La presencia de Roberto en aquella casa fue acogida por un prolongado murmullo de extrañeza, al cual el capitán no hizo el menor caso.

Estaba triste; pero no había perdido su habitual calma.

La princesa le acogió con señaladas pruebas de simpatía.

—Me dareis noticias de la condesa de Brantville—le dijo la princesa después de haberle cumplimentado por su poético aspecto y por su visita, tanto más agradable cuanto que no era esperada.